

La «inutilidad» de la filosofía

Pablo Romero¹

El eje central que nos convoca es el de la «inutilidad» de la filosofía. Esto hace referencia a aspectos indeseables que están en boga en ciertos discursos y, particularmente, lo que viene sucediendo en Brasil: el ataque que el gobierno de Bolsonaro realiza respecto de la filosofía y el campo de las humanidades en general. Se reproduce un discurso que remite no solo a la «peligrosidad ideológica» de la filosofía sino a su «inutilidad», aspecto discursivo que incluso vivenciamos a veces los profesores en nuestras aulas. Esto me recuerda a uno de mis primeros cursos como docente en el bachillerato, en el cual un alumno de unos dieciséis años, luego de mi presentación en nuestra primera clase, me lanzó la fatídica pregunta: ¿para qué sirve la filosofía? Parece ser que hay un *a priori* instalado sobre una cierta inutilidad de nuestra disciplina, algo que flota en el ambiente y que ese alumno explicitó desde una pregunta que, por su tono, ya traía incluida una tajante afirmación por la negativa.

No recuerdo literalmente la respuesta ensayada, pero me referí básicamente a la utilidad de pensar y pensarnos, al doble movimiento de la filosofía, que implica la capacidad de pensar y conocernos a nosotros mismos, y, a su vez, la capacidad de pensar al otro y a la comunidad en la que estamos insertos y en la que convivimos. Lo cierto es que no quedé muy conforme con mi respuesta y me fui pensando en la pregunta del alumno, lo cual terminó llevándome a que me preguntara por qué me había dedicado a la Filosofía. Con toda seguridad, el alumno había calado hondo con su pregunta.

¿Qué fue lo que me había llevado a dedicarme a la Filosofía? Esta pregunta me retrotrajo al tiempo en que estaba terminado de cursar el liceo. En mis últimos dos años de secundaria ya tenía una tendencia hacia las disciplinas humanísticas y recuerdo que, en el último curso, sexto año, la primera clase que nos tocó fue, justamente, Filosofía. El profesor ingresó, saludó con un ademán y, sin mediar palabra, se dirigió al pizarrón donde comenzó a escribir qué era la filosofía en una especie de definición que comenzó a extenderse por el pizarrón y que, llegado su extremo, la continuó escribiendo en la pared. Entre que uno tenía la sensación de que los docentes de Filosofía estaban un poco fuera de órbita y este accionar de

¹ Profesor de Filosofía egresado del IPA, Fundador y coordinador del Proyecto Cultural Arjé, docente de Filosofía y de Informática en educación secundaria, docente de Ética en la universidad CLAEH. Maestrando en Política y Gestión de la Educación (Universidad CLAEH), se ha desempeñado como docente de Teoría y práctica de la Argumentación en la Universidad Católica y ha realizado ciclos de columnas de Filosofía en radio El Espectador y en el canal TVCiudad y conducido el programa "Punto F, el placer de pensar" en Ciudadela FM.

continuar escribiendo por la pared, no me costó nada llegar a la conclusión de que, efectivamente, algo fallaba allí, sobre todo cuando la definición volvió al pizarrón para continuar siendo escrita en forma vertical y descendente por el borde. Resultaba un panorama un poco incómodo y el curso parecía ser complicado de arranque, por decirlo de algún modo. Al menos, daba la impresión de que sería difícil sacar apuntes, vista la metodología de escritura con que iniciaba la cosa.

Lo cierto es que el asunto continuó con unas explicaciones por parte del profesor respecto de las definiciones planteadas frente a un público silencioso y perplejo, situación que se profundizó cuando se dirigió a una tarima de dibujo que reposaba cerca de la puerta del salón, donde colocó en su cima un borrador para decirnos qué era lo que representaba (el borrador en lo alto, el docente como el poseedor del conocimiento que se ubica en la cúspide) y que nosotros, con sus preguntas, teníamos que cuestionarlo, sacudirlo. Luego, comenzó precisamente a sacudir la tarima, tanto que el borrador salió disparado y se dio contra un costado de la puerta. Para este momento, ya varios estábamos agarrotados a la silla. El profesor, que era muy actoral, nos dijo en ese momento de máxima tensión que la filosofía tenía que ver también con romper con lo cotidiano, con el acostumbramiento, con sacarnos de aquello a lo que estamos habituados. Evidentemente, él había logrado hacerlo con nosotros, quienes nos limitábamos a recibir a un profesor, sacábamos con pereza el cuaderno y comenzábamos a sacar apuntes de lo que iba diciendo y a copiar del pizarrón sin demasiado entusiasmo.

El profesor había generado, realmente, una tensión que ningún otro docente había logrado. Había capturado nuestra atención y nos había colocado en ese lugar de extrañeza, admiración y asombro que justamente tiene que ver con el filosofar, con ese lugar donde la filosofía comienza a resultar una actitud inicial fundamental frente al mundo que nos rodea. No en vano, a lo largo de la historia se ha considerado a la capacidad de asombro del sujeto como uno de los orígenes de la filosofía, lo que le permite salir de la mirada rutinaria y carente de cuestionamiento sobre lo que le sucede y lo que acontece en la sociedad con la que convive.

El profesor no estaba «loco», claro, y ciertamente trabajó con fuerza sobre contenidos habituales de la disciplina, más allá de sus ocasionales actitudes provocadoramente teatrales, y su curso fue muy disfrutable. Sobre todo, me sentí muy reflejado en esa necesidad de hacer con los otros, de provocar en ellos eso que este docente había generado en mí; replicar el sacudón, digamos. Así fue como me decanté por la docencia y, en particular, por la Filosofía (aunque en veinte años de dar clase, jamás he escrito por las paredes ni he arrojado borradores, a falta de ese talento performático que tenía el profesor Walter Léopore).

Recordando todo esto, para mi segunda clase decidí que iba a contarle esta anécdota al alumno de la pregunta y a desarrollar algunos puntos que según entendía, complementarían la idea de la «utilidad» de la filosofía. Al llegar al liceo,

sucedió otra cuestión muy particular —que completa un cúmulo de anécdotas que, en principio, podrían resultar poco significativas pero que dan cuenta de situaciones interesantes que se fueron hilvanando entre los recuerdos y el presente—. Estaba por ingresar cuando vi que un alumno eludió, sin prestar la más mínima atención, a una persona en situación de calle que dormía atravesada en la vereda a una media cuadra del ingreso a la institución. Lo sucedido me sirvió como insumo, pues al comentarles a mis alumnos de esta situación, pude referirme desde un ejemplo claro y cotidiano a la capacidad de asombro y su relación con la filosofía.

Cuando el adolescente, concentrado en su celular, había eludido con total indiferencia a aquel hombre, no había hecho más que reducirlo a él y a su condición a parte del paisaje habitual, al decorado de la ciudad. No lo había conmovido. Al preguntarnos por qué una persona está durmiendo en la calle, por qué en una sociedad tenemos individuos que no tienen un hogar, nos planteamos la duda sobre cuál es la situación de vida que puede llevar a alguien a dormir en la calle, supone poner en juego la conmoción y capacidad de asombro que dispara el filosofar. Lo contrario es el mantenernos adormecidos por la indiferencia y el no cuestionamiento de lo dado. La filosofía, pues, resulta particularmente «útil» en el combate a la indiferencia y en la tarea de reflexionar sobre lo que damos por sentado.

La capacidad de asombro nos conduce al porqué del sentido. Desde esta pregunta nos dirigimos a la indagación y a un intento de resolución del dilema planteado, que puede pasar por terminar debatiendo el asunto en una charla de amigos o en que alguien se dedique a profundizar y estudiar sobre la justicia distributiva (pensando en el caso del hombre que dormía en la calle).

Fuera de los espacios de teorización académica, en lo corto e inmediato, podemos ver reflejado, como decía recién, en una charla entre amigos el resultado de lo provechoso de poner en juego esa capacidad de asombro, ese puntapié inicial hacia el filosofar. La filosofía nos aporta, en la reflexión, sobre lo cotidiano, la empatía (esa capacidad de poner en juego la necesaria sensibilidad para saber colocarnos en el lugar del otro), las circunstancias de reflexión ética que se asoman en el diario vivir. Sobre esto fue, entonces, que discutimos finalmente en aquella segunda clase con mis alumnos.

La filosofía, decía, nos empuja a combatir la indiferencia y la pereza intelectual porque nos incita a pensar, que es un mal que también tenemos instalado. Fomenta, además, el desarrollo de la capacidad de argumentar, puesto que tenemos que dar cuenta de nuestros puntos de vista. La filosofía tiene entre sus virtudes, entre estas «inutilidades», la capacidad de ensanchar y arrojar luz sobre los procesos argumentativos. Esto ya supone un valor de primera necesidad, lo digo con conocimiento de causa. En virtud de mi experiencia docente de estos últimos años es notoria la existencia, entre nuestros alumnos, de un código

lingüístico muy restringido, con lo que tal cuestión supone en relación con el vínculo indisoluble entre lenguaje y pensamiento. Lo vemos en las aulas, donde los estudiantes cada vez utilizan, tanto en la oralidad como en la escritura, una menor cantidad, y calidad, de palabras. Hay un notorio empobrecimiento en ese sentido puesto que el lenguaje da cuenta de cómo pensamos y viceversa. Se muestra así un círculo que puede ser tan virtuoso como vicioso, claro.

Lo cierto es que estas restricciones observadas tienen efectos importantes, incluso si pensamos en la educación como un mero espacio de construcción de posibles salidas laborales (algo tan de boga en los últimos años, el concebir a la educación primordialmente en relación con las variables necesidades del mercado de trabajo), pues es determinante la amplitud del manejo de diversos registros lingüísticos por parte del alumno. En ese sentido, suelo señalarles a los estudiantes que si van a una entrevista laboral y se presentan diciendo que vienen por el *coso* y que los llaman de la *cosa*, probablemente vean reducidas, de entrada, sus posibilidades de acceder al puesto ofrecido. Hay expresiones que tienen que ver, justamente, con ese código que se ha ido restringiendo y que se relaciona también con esas posibilidades laborales de futuro y ya no solo con el beneficio más general de poder expresar de un mejor modo argumentativo nuestro punto de vista frente a cualquier situación de la vida.

Estas *utilidades* de la filosofía se dan, además, en el marco de la llamada era digital. Quiero referirme a esto desde mi doble condición, la de profesor de Filosofía y profesor de Informática. Es crucial comprender que las tecnologías son un medio y no un fin en sí mismo, sobre todo porque hay cuestiones que, si no acompañamos en esta era digital, nos van a seguir generando problemas relacionados con la marginalidad cultural, esa marginalidad que, en definitiva, nos está comprometiendo como sociedad.

Por ejemplo, hay una tendencia a una escritura escasa y recortada que tiene que ver, en parte, con el uso de las nuevas tecnologías que nos llevan, para que la comunicación sea rápida y «efectiva», a escribir de la forma más veloz posible. En nuestros jóvenes, este recorte es endémico y la escritura por medios digitales es cada vez más concisa y limitada. A su vez, la utilización de pantallas simultáneas ha contribuido en la incapacidad de concentración focalizada. Les sucede a los adolescentes y también a los adultos que, en este sentido del uso de las nuevas tecnologías, viven un proceso de *adolescencización*.

Lo cierto es que es muy difícil que nuestros alumnos, en particular los del ciclo básico, puedan concentrarse en una tarea fija o en una propuesta teórica durante más de diez minutos. Sabemos que empiezan a rebotar por la clase y que tenemos un gran problema con los diagnósticos de trastorno por déficit de atención e hiperactividad, los cuales están inflados en su número, más allá de los casos que realmente supongan cuestiones patológicas, pues muchas de esas situaciones

tienen que ver, sobre todo, con aspectos culturales deficitarios (y, por supuesto, con los docentes, los modos de enseñanza, los alumnos que aprenden de otras formas y a los cuales no siempre sabemos cómo llegar). No están habituados a concentrarse, no entienden por limitaciones culturales incorporadas, se aburren (ya hablaré específicamente de esto) y comienzan a dispersarse muy fácilmente. Como sea, tenemos un problema grande en la capacidad de concentración y en la falta de lectura de largo aliento, que es un punto relacionado.

Otra situación habitual es la de la imposibilidad de buscar la información adecuada. Como nunca en la historia de la humanidad, tenemos acceso a tanta información y conocimiento disponibles al alcance de cada vez más personas. Sin embargo, el gran desafío es cómo bucear en ese mar de información. Podemos ir a un navegador web y colocar «Aristóteles» en el área de búsqueda y nos van a salir doce millones de referencias. El tema es cómo discriminar significativamente (y, además, no intoxicarnos a nivel informativo, otro problema que se viene generando). Sobre este punto, hace poco estuve compartiendo un panel con un periodista quien, en un momento, me dijo: «lo que pasa es que los alumnos tienen Wikipedia y, en el futuro, el docente no será casi útil». Esa es una concepción preocupante, pues no da cuenta de la importancia del mediador, de lo que implica y significa el oficio de educar, del adulto formado que está mediando culturalmente y que no puede ser sustituido con simpleza por la información disponible en una página web.

El educador sigue (y seguirá) siendo decisivo en la construcción de conocimiento de las nuevas generaciones. No alcanza con tener la información al alcance; la brecha de conocimiento no se acorta por, sencillamente, colocar un dispositivo digital en manos de los jóvenes. Ayuda en el acceso, pero lo que en definitiva va a generar una posibilidad real de aprendizaje en el sujeto es la mediación con el mundo de la cultura que representan el docente, la familia, el entorno en el cual está inserto ese individuo. Las tecnologías por sí solas no generan conocimientos ni aprendizajes.

Agrego un punto más: la cultura del aburrimiento. Tenemos un bombardeo respecto de no estar aburridos, de ocupar nuestro tiempo en algo divertido, en asociar nuestro tiempo de ocio al estar conectados, sobre todo con algo que implique entretenimiento. Sabemos que las bases de toda cultura, en buena medida, se manifiestan en el tiempo de ocio, lo que hacemos allí nos refleja. Lo que nos pasa en estos tiempos, tiene que ver con que tenemos una cultura de lo divertido, efímero y rápido, que choca con la cultura del aprendizaje escolar, que implica un proceso opuesto, cuyos resultados se ven consolidados a largo plazo y que no calza en los parámetros de la sociedad del entretenimiento. Frente a esto, por cierto, los docentes debemos pararnos firmes: no somos animadores de fiestas, y me parece fundamental tenerlo claro. No significa que hagamos clases «aburridas»

ni que no tengamos en cuenta los intereses desde los que parten los alumnos, pero no es nuestro rol el divertir a los chicos. El aprendizaje, el proceso del conocimiento, va a pasar por instancias que les van a parecer muy aburridas desde su perspectiva adolescente, pero debemos tener en claro que nuestra construcción es hacia el futuro, y confiar en que, más adelante, esos contenidos podrán ser apreciados y empleados en la vida misma de un modo positivo.

Incluso el espacio de la soledad está mal visto. Ese espacio donde nos encontramos con nosotros mismos, que es un ámbito reflexivo y de construcción intelectual y cultural de una sociedad, tiene muy mala prensa en el presente y cada vez tenemos un mayor recelo a estar a solas (o necesitamos estar permanentemente en un momento «productivo», haciendo algo «útil»).

Entonces, en este panorama que hemos venido refiriendo, es clave el desarrollo de las virtudes que nos aporta la filosofía y que señalábamos al comienzo. Y lo es también, como docentes, el asumir nuestra responsabilidad como intelectuales formando ciudadanía crítica. Nuestro trabajo es el de un trabajador cultural, que busca transmitir la pasión por el conocimiento tanto como el transformar la realidad de desigualdad social, económica y cultural que padecen muchos de nuestros alumnos. Eso lo subrayo porque uno de los riesgos que corremos es el de convertirnos en meros funcionarios que cumplen burocráticamente con el dictado de clases. Si queremos transmitir la pasión por el conocimiento, el amor por la lectura, debemos sentirlo y vivenciarlo, seguir formándonos (algo que el sistema no cubre adecuadamente ni suele permitirlo por su misma lógica de funcionamiento, con docentes, por ejemplo, saturados de horas de clases, sin tiempo real para la necesaria formación permanente).

Para ir cerrando, cabe señalar que la filosofía nos resulta particularmente «útil» a la hora de reflexionar sobre estas situaciones esbozadas y que todos los que estamos en situación de aula las estamos viviendo cotidianamente. Martha Nussbaum, filósofa norteamericana, es la autora de un libro que les recomiendo, titulado *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*, donde denuncia la crisis de la educación y de las humanidades en el mundo, y destaca que no solo se manifiesta en el retiro progresivo del apoyo estatal al campo de las humanidades (como sucede en Brasil), sino en un cierto desprestigio que produce el dedicarse al campo humanístico, en tanto no tiene una buena consideración en términos lucrativos. Agrega Nussbaum (2010:187-188) en un pasaje que cito del libro referido:

¿Con qué nos encontraremos en el futuro si estas tendencias se prolongan? Pues tendremos naciones compuestas por personas con formación técnica, pero sin la menor capacidad para criticar a la autoridad. Es decir, naciones enteras de generadores de renta, con la imaginación atrofiada. En palabras de Tagore, un suicidio del alma.

Este *suicidio del alma* respecto del camino que venimos recorriendo no solo se manifiesta en el desprecio de las humanidades sino también en algunos modelos educativos instrumentales que se están imponiendo hoy en día, y que muchas veces forjan preguntas ya concebidas desde una respuesta negativa como la de aquel alumno que preguntaba sobre la utilidad de la filosofía. Combatir esos prejuicios es una tarea clave.

En un mundo intoxicado de información y de consumo exacerbado, donde el otro cada vez nos resulta más lejano e impera la lógica del lucro, la tarea de la filosofía es vital para construir una democracia fundada en la empatía, los valores humanistas y la ética argumentativa. El intelectual, el filósofo, el docente tienen un rol de resistencia. He ahí el porqué de la incómoda y permanente «inutilidad» de la filosofía a la vista de ciertos posicionamientos. Es vital asumirnos en una tarea que, a estas alturas, es contracultural. La buena vida en común, el mejorar como sociedad a partir de la construcción del conocimiento asociado a la reflexión ética es un horizonte difícil de alcanzar, pero es la principal tarea que tenemos por delante en el campo de la formación docente, un rol que siempre es de exposición y que, fundamentalmente, es moral.

Referencia bibliográfica

Nussbaum, M. (2010). *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Madrid: Katz Editores.